

quía francesa en la rama de los Orleans, y que, si fuera necesario, explicaría á Europa los acontecimientos de París. El general Baudrand, plenipotenciario francés, fué recibido inmediatamente por el rey Guillermo IV, y se le dijo que la acogida hecha á Carlos X sólo significaba la cortesía con que Inglaterra ejercía el deber de asilo. Los Estados Unidos, Toscana, Piamonte, Nápoles, la Confederación germánica, Turquía, Suiza, los Países Bajos y el Papa siguieron el ejemplo de Inglaterra y de las grandes potencias del Norte. Sólo España y el duque de Módena rehusaron el reconocimiento: el de Módena, por influencia de las sociedades secretas; Fernando VII, por sus tendencias absolutistas.

No puede negarse que el reconocimiento de Luis Felipe por todos los pueblos cultos, antes de terminarse el año mil ochocientos treinta, fué un gran triunfo, mayor todavía si se considera que se otorgó sin reservas, hasta sin consignar una sola palabra de respeto y consideración hacia la vieja dinastía, que para los estadistas de Europa estaba justa y fatalmente condenada á desaparecer, por sus faltas y por sus desgracias.

Con no menos fortuna resolvió el nuevo gobierno la difícil cuestión del personal, dando ingreso en la administración á muchos hombres nuevos, respetando en los servicios de Hacienda á la mayoría de los antiguos funcionarios, nombrando prefectos, subprefectos é individuos de las corporaciones municipales y departamentales á muchos que alcanzan notoriedad en la preparación ó el desarrollo de las jornadas de Julio. En el orden judicial, los cambios fueron pocos. No obstante su radicalismo, Dupont de l'Eure sostuvo la antigua magistratura y llevó á la presidencia del Tribunal Supremo á Dupin, integérrimo magistrado. En Instrucción Pública, decretáronse reformas saludables, sugeridas por los ilustres sabios Villemain y Cousin y encaminadas á afirmar en su justa medida la libertad de enseñanza prescrita en la Carta. Con vigor extraordinario se atacó la situación económica, sumamente quebrantada, á causa de haberse suspendido la cotización de la Bolsa, la realización de operaciones mercantiles, el pago y cobro de créditos y el percibo de los impuestos públicos. El servicio de Tesorería tropezaba con grandes dificultades: los bonos que se cotizaban á dos y medio por ciento al año hubieron de negociarse al cuatro y cinco por ciento á los tres meses, en vista de lo cual, la banca se negó á hacer anticipos sin garantía de los impuestos ó de bonos á muy corto plazo.

Veinte días antes del alzamiento nacional de Julio, la expedición enviada por Carlos X contra el bey de Argelia se apoderaba de la importantísima plaza de Argel, merced al esfuerzo combinado del ejército, á las órdenes del mariscal Bourmont, y de la escuadra, capitaneada por el vicealmirante Duperre. Por formar parte de este ejército buen número de nobles y no pocos extranjeros, y disfrutar su jefe de la omnimoda confianza del Rey caído, llegó á temerse en París la posibilidad de una sublevación militar contra la revolución triunfante. No sucedió así, sin embargo, gracias al patriotismo de Bourmont y á la circunstancia de haberse ganado Luis Felipe la opinión de aquellos militares, por la

forma en que se desarrollaron los sucesos, que la pereza del correo, hábilmente secundada, hizo que fueran conociéndose poco á poco. El diez y seis de Agosto, en efecto, Bourmont consignó en la orden del día cuanto hasta entonces llegara á su conocimiento. «Su Majestad Carlos X y el Delfín, decía, han renunciado el dos de Agosto su derecho á la corona en favor del duque de Burdeos. El mariscal comandante en jefe trasmite al ejército el acta que contiene esta doble abdicación y que reconoce al duque de Orleans como Lugarteniente general del reino. La escarapela y la bandera tricolores se sustituirán á la escarapela y bandera blancas.» Siendo, con arreglo á los cánones del derecho monárquico absoluto, facultad del Rey y de su hermano abdicar, y nombrado, de conformidad á este mismo derecho, Lugarteniente el duque de Orleans, las órdenes de éste, como gobernador en nombre del duque de Burdeos, eran perfectamente legítimas. Bourmont las reconoció así, y al cumplirlas, significando la sustitución de bandera toda una revolución, aceptada ya por el ejército, ¿cómo oponerse á cuanto después se siguió? Había, es verdad, en las tropas mucha opinión favorable á los Borbones; mas en él servían no pocos antiguos defensores del Imperio, y aquella escarapela que había dado la vuelta al mundo y conseguido imperecederas glorias, inspiraba sacrosanto respeto incluso á sus mismos enemigos. El ejército, así de mar como de tierra, aceptó, pues, de buen grado el nuevo orden de cosas, desapareciendo el motivo de intranquilidad que en los primeros momentos pudieran sentir Luis Felipe y sus ministros.

Por el hecho de haber formado parte del gabinete Polignac, el mariscal Bourmont, aun cuando no había intervenido en el desacierto de las ordenanzas, resultaba vencido é impositivo de servir á la revolución, lo que le hizo manifestar á su jefe el ministro de la Guerra, mariscal Gerard, su resolución de abandonar un mando que debía á la confirmación de Carlos X. Siguiendo su ejemplo, dos coroneles y hasta ciento cincuenta oficiales renunciaron sus mandos, y como la posición de éstos era muy distinta de la de Bourmont, Gerard hizo muy bien en considerarlos como soldados que faltaban á la ordenanza abandonando sus puestos de honor frente al enemigo. Sus compañeros los vieron marchar sin pena y hasta con menosprecio, no produciéndose la más pequeña agitación en las filas del ejército. En sustitución de Bourmont se nombró al general Clausel, oficial distinguido, antiguo republicano, que ganó sus empleos combatiendo al lado de Napoleón y que, conforme á sus sentimientos y á la necesidad del momento, procuró adoctrinar al ejército diciéndole en sus órdenes del día: «¡Carlos X no reina ya! Un atentado de los más culpables, ensayado por su gobierno contra el derecho público de los franceses, le ha hecho descender del trono, después de haber visto perecer en las calles de París algunos regimientos extranjeros, arrojados al fin de nuestro territorio por la opinión de los franceses, y algunos individuos seducidos de la guardia real. El pacto que unía al rey con la nación quedó roto por las ordenanzas del veinticinco de Julio..... Luis Felipe reúne á la legitimidad de

derecho la de la necesidad. Todos los partidos políticos se han apresurado á hacer á su patria el sacrificio de sus afecciones particulares. La Carta, lazo de unión que un prudente y augusto legislador había dado, cesa de ser una decepción y se convierte, bajo un príncipe patriota, en una verdad. Por él verá el ejército sus derechos respetados, el favor impotente, la ley de ascensos cumplida, la consideración y los medios de existencia, después de largos ó de buenos servicios, asegurados á los militares de todos los grados». Duperré, que por sus compromisos y convencimientos no tuvo para qué ser relevado, no necesitó publicar proclamas tan políticas. En cuanto á la campaña, Clausel la continuó con la misma inteligencia y resolución que la empezara su antecesor. Los puestos de jefes y coroneles vacantes se cubrieron con veteranos, no tan apuestos y gentiles como los dimisionarios, á causa de su avanzada edad, pero de sólida instrucción militar, avezados á la guerra y creyentes en la libertad.

Tan seguros estaban los argelinos de que su ciudad no caería en poder de los franceses, que nada hicieron para poner á salvo el célebre tesoro de la Alcazaba, donde hacía siglos depositaban buena parte de los productos de sus piraterías. Al parecer, el general Bourmont procedió con exquisita escrupulosidad al inventariar cuanto en él se encontró; mas tanto se dijo de las inmensas cantidades en ricas telas, barras de metal, monedas de oro de todas especies, mayormente onzas españolas, y objetos de valor que lo formaban, que á pesar de especificarse todo en el minucioso inventario, no hubo medio de evitar que la opinión maldiciente creyera y propalara las versiones más calumniosas. A cincuenta millones de francos ascendió lo que el gobierno francés se benefició de aquel tesoro, y con ser esta suma tan cuantiosa, se aseguró en periódicos, memorias y libros que lo hallado valía más de quinientos millones de francos, y más adelante, cuando empezó á decaer el crédito de Luis Felipe, se inventó la triple calumnia de que buena parte de aquella suma había ido á parar directamente á su bolsillo particular; otra se había gastado en cerrar los labios de muchas gentes, y la tercera había sido arrebatada por los soldados. Tal cuerpo tomó la murmuración, que hubo de formarse expediente para depurar la verdad, y por más que éste dió resultados muy satisfactorios para cuantos habían intervenido en el asunto, la maledicencia siguió royendo la honra de varios, del mismo Bourmont y, sobre todo, del Rey.

La toma de Argel planteó un problema siempre difícil, y muchos más en estas circunstancias. La expedición, tan felizmente llevaba á cabo, tuvo por objeto exclusivo limpiar de piratas el Mediterráneo; mas ganada la ciudad de Argel, ¿era posible abandonarla? Carlos X hubiese podido hacerlo; Luis Felipe, de ningún modo. La opinión, siempre entusiasta de aventuras, no le habría perdonado que dejase una gloria militar en la cuenta de los Borbones, sin emularla al menos, con la resolución de sacar de ella todo el partido posible. Y he aquí al gobierno de Julio, en los momentos que debía fijar toda su atención

en resolver prudentemente sus complicaciones interiores, obligado á distraerse en acordar respecto á un asunto delicado, sobre el que existía gran divergencia de opiniones, así en el seno del gabinete como en las Cámaras y en todas partes. A la cabeza de los anticolonizadores de Africa se puso Talleyrand, que decía: «El objeto está conseguido: se ha tomado el tesoro de la Alcazaba y destruído los elementos de la piratería; esta gloria ha sido lograda por el ejército francés: ¿qué hemos de hacer de Argel, verdadero juguete entregado á la vanidad francesa? Una colonia costaría sumas inmensas y hombres por millares; las cruzadas y la expedición de Bonaparte á Egipto dan la medida de las dificultades que encontraría el establecimiento de un sistema cristiano en medio de poblaciones musulmanas; no se trata de una guerra, cuyo término no puede precisarse desde ahora, sino del exterminio religioso, que debería extenderse hasta la última de las tribus nómadas de Africa». Por otra parte, creía que la paz dependía, sobre todo, de la unión de Francia é Inglaterra. «Cuanto afirme esta alianza íntima, añadía, debe aceptarse, y sirviendo de precio Argel, se tendrá seguramente su buen concurso y su leal alianza. En fin, caso de guerra, ¿será prudente dejar veinticinco mil hombres de tan buenas tropas separados de la madre patria? ¿No resultará, más pronto ó más tarde, una capitulación parecida á la del ejército de Egipto?» Opuestamente á Talleyrand, su colega, el conde Molé, entendía que si eran de deplorar los enormes gastos de una ocupación permanente, hay en política resultados que jamás cuestan demasiado; que la gloria nacional es muy susceptible para que se la hiera impunemente; que hay en el honor de un pueblo algo que, por su fiereza, debe hallarse á cubierto de toda ofensa, por ser lo que constituye el más bello patrimonio de un país, y que con el honor no se mercadea». Esta opinión fué la que triunfó, no tanto por ajustarse á sentimientos muy estimables como por las manifestaciones de Inglaterra, que, preguntada sobre el caso, no mostró exigencia alguna sobre la posesión de Argel, sin duda por hallarse preocupada en la cuestión de Oriente.

Francia, pues, se posesionó de Argel y de sus terrenos colindantes, poblados, y esto evidencia la importancia de la presa, por un millón setecientos noventa y nueve mil quinientos habitantes, de diferentes razas y colores, los cuales habían de gobernarse con arreglo á las bases del tratado de cinco de Julio de mil ochocientos treinta, por el que se aseguraba al Bey la libertad de fijarse con su familia donde quisiera, á sus soldados las ventajas que su servicio les proporcionaba, al vecindario las condiciones contenidas en estas frases: «El ejercicio de la religión mahometana será libre; la libertad de los habitantes de todas clases, su religión, sus propiedades, su industria, no sufrirán ataque alguno; sus mujeres serán respetadas». Como Francia había licenciado la Guardia Real, disuelto los batallones suizos y no pocos regimientos habían quedado en cuadro, resultando de todo esto una disminución de cuarenta mil hombres en el contingente armado, los ministros, aun aquellos para quienes habría sido absurdo renunciar á la conquista de Argel,

reconocieron la necesidad de disminuir los gastos del ejército de África, que el presupuesto de la guerra no podía soportar, y acordaron retirar de él quince mil hombres para reforzar los cuadros existentes, quedando reducido á veinticinco mil.

La revolución de Julio fué, en cambio, acogida con júbilo por el ejército que, en virtud del tratado de seis de Julio de mil ochocientos veintisiete, ocupaba la Morea, á las órdenes del general Schneider. Aunque se hallaba acuartelado en las principales ciudades, prolongándose la estancia más de lo que al principio se creyera, á causa de no haber aceptado la corona de Grecia el príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo, ausencia tan larga se hizo pesada á los soldados. Su vida, meramente pasiva, tan poco conforme á su espíritu marcial, los tenía soberanamente aburridos, mucho más viendo que el ocio forzado no les libraba de sufrir, por la esterilidad y demás condiciones geográficas del país, mortales enfermedades, que disminuían no poco su contingente. En esta situación de ánimo, compréndese que las noticias de los sucesos de París llenaran de regocijo á aquellas tropas, más que por su espíritu liberal, por sospechar que tras de ellas había de llegar la orden de su vuelta á Francia. «Estos soldados y yo, escribió Schneider el quince de Agosto al gobierno francés, nos adherimos y nos sometemos á las medidas que Francia ha juzgado necesarias á su salud y á sus libertades. La adhesión es unánime entre nosotros, no habiendo un solo oficial que no acepte con gran placer el nuevo orden de cosas». Por su parte, los griegos, no parando mientes en que Carlos X había puesto las fuerzas de su país al servicio de su independencia, saludaron su destronamiento, seguros de que no había de faltarles la ayuda de la Francia.

Obtenido el reconocimiento de todas las potencias y la adhesión de los ejércitos de Argelia y de Morea, el gobierno revolucionario pudo dedicar toda su atención á los asuntos de gobierno interior. La revolución de Julio había puesto de nuevo sobre el tapete el problema religioso, grave siempre y más en situaciones anormales. Recuérdese que los defensores de las barricadas, si gritaron ¡abajo Carlos X!, también vocearon con igual entusiasmo ¡muera los jesuitas! La reacción de Villele y de Polignac había hecho reverdecer la antipatía de los últimos años del siglo décimo-octavo contra la Iglesia, y expresión de esta antipatía fué, entre otras, una caricatura, que anduvo muy en boga, representando á Carlos X vestido de jesuita. Derribado este Monarca, era necesario poner la revolución á cubierto de las asechanzas de las órdenes religiosas, y aun de las del clero secular. A este intento, se suprimió el derecho de los obispos á ser pares; se declaró cesantes á los eclesiásticos que formaban parte del Consejo de Estado; se cambiaron los provisores de los colegios, que se hallaban bajo la jurisdicción del clero castrense; se eximió á los soldados de la obligación de ir á misa, y conforme á las modificaciones hechas en la Carta, se otorgaron asignaciones á los rabinos y á los ministros de cultos disidentes. Estas novedades, no exageradas é impuestas por la nueva situación, no dejaron

de suscitar en el clero en general sentimientos de hostilidad. Con todo, prelados hubo que hicieron cuanto estaba de su parte para evitar el divorcio entre el gobierno y la Iglesia y llevar la cuestión por los senderos de la prudencia. El de Orleans decía el diez y ocho de Agosto al clero de su diócesis: «En estos tiempos extraordinarios y difíciles, tenemos deberes superiores que cumplir. Los grandes movimientos parten de los centros, donde se dominan con mano fuerte; pero las ondulaciones se extienden á lo lejos. He sabido con pena que algunos curas de mi diócesis han manifestado propósitos de abandonar sus parroquias, y es deber mío herrar de su ánimo este intento. El gobierno desea el mantenimiento del orden público, debe protección á los sacerdotes, que pueden ayudarle en esta obra, y ha prometido públicamente velar por su bienestar. La Iglesia no es juez de las altas cuestiones de la constitución de los pueblos, ni es lícito á sus ministros mezclarse en ellas... Debe obediencia al poder, por ser Dios quien lo ha establecido, y si no se la prestase, pecaría contra Dios, que es el orden mismo».

Estas exhortaciones y tantas otras parecidas contribuyeron en gran parte á sostener las buenas relaciones entre la Iglesia y el Estado; mas como no pocos clérigos, más atentos á Dios que al César, hicieran gala de no cantar en la misa *Domine, salvum fac Regem*, el gobierno vióse obligado á dictar algunas disposiciones, que agrandaron las distancias y enardecieron las pasiones. «Si el clero, llegó á decirse, es libre para hacer lo que quiera en sus iglesias, nosotros desdeñamos sus oraciones y declaramos que el Estado no debe tener religión.» Sentada esta premisa, verdadero grito de combate, hubo quien llegó á la conclusión de separar la Iglesia del Estado, y no dejaron de promoverse manifestaciones irreverentes y contrarias al ejercicio del culto. Si graves eran estos actos, no lo era menos la actitud facciosa de muchos clérigos y de no pocos obispos; y como el gobierno debía procurar remedio á unos y á otros excesos, se dirigió al Nuncio, no del todo ajeno á los conciliábulos censurables del clero, diciéndole por medio de Molé: «La situación del clero francés es muy comprometida.....; el gobierno se haría muy popular preparando algunos golpes de efecto contra él. Tal no es su intención.....; al contrario, quiere volver á la iglesia sus antiguos esplendores. El Santo Padre hallará amor filial en el príncipe llamado á reinar sobre Francia. El ministerio está informado de que, en París y en provincias, existen intrigas inconvenientes, y es indispensable que la Santa Sede las desautorice y llame al clero francés á sus deberes y á la obediencia á la autoridad constituida».

En tanto, el conde Anastasio Montesquieu, embajador francés en Roma, hacía parecidas manifestaciones al Pontífice, quien, al tanto de la significación real y efectiva del movimiento revolucionario de Julio, cedió, llegando á poco á Francia la censura de la conducta de los obispos que rehusaban reconocer á Luís Felipe, recordándoles que, por su misión, debían vivir apartados de la política y entregados únicamente al deber de dirigir cristianamente á los pueblos, con orden terminante de cantar en la misa el *Domine*